

AÑO IV

NROS. 45-46

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: Leopoldo Durán

PEDRO PRADO

LA CASA
ABANDONADA

BUENOS AIRES

1919

JUICIOS Y OPINIONES ACERCA DE LAS EDICIONES MINIMAS.

Jardines de Francia, versiones de poetas franceses modernos, por Enrique González Martínez. "Ediciones Mínimas", Buenos Aires, 1919.

Nunca he creído en aquello de "traductor, traidor". Si la versión se debe a un bandolero anónimo, uno de esos a que recurren ciertos editores sin escrúpulos, el dicho puede pasar por exacto. No así cuando se trata de un traductor responsable.

Desde Llorente a Guillermo Valencia, verbigracia, los poetas de lenguas extrañas han contado con traductores eximios.

En los tiempos de Llorente, tiempos del auge romántico y principios del modernismo, el traductor ceñíase candorosamente al precepto que desconocía como castellano todo verso no figurante en los tratados.

Ese era un obstáculo; pero el traductor de nuestro ejemplo nos demuestra con qué honradez se salvaba dicho obstáculo en bien de una fidelidad que hoy se logra mayormente, en lo tocante a metros y ritmos, desde que el traductor no se atiene ya al prejuicio indicado.

Fortún y Diez Canedo, con traducciones propias y con otras de autores de España y América, han ordenado y anotado una antología, *La poesía francesa moderna*, que es un exponente bello de intención lograda.

Leyendo en la primera edición de *Ritos*, hace veinte años, las traducciones de "Aparición" o "Brisa marina" de Mallarmé, debidas a la escrupulosa fidelidad, inteligente interpretación y realización asombrosa de Valencia, tuvimos para lo futuro por arbitraria, y en casos como éste hasta por injuriosa, la afirmación de que el traductor es un traidor.

Otra publicación acaba de reafirmar nuestra opinión sobre los traductores honrados: *Los Jardines de Francia*, versiones de Baudelaire, Fort, Guérin, Heredia, Jammes, Moréas, Maeterlinck, Rodenbach, Samain, Verhaeren, Verlaine y otros tantos poetas, de que es autor el poeta mejicano Enrique González Martínez.

Cotéjese "El almuerzo preparado", de Samain, o "Pierrot", de Verlaine, con sus originales, y se convendrá con nosotros en que versiones como las dadas por González Martínez suelen a menudo no desmerecer en nada las composiciones verdidas.

Tienen además una utilidad, dentro de la grande y desinteresada utilidad estética, y es la de dar al lector una impresión más directa y legítima de la poesía contemporánea que aquella que ofrece tanto zurdo remedo de imitador... y de imitador de imitadores, como existe hoy en este mundo sublunar americano. *Ed. Mont. "El Hogar"*, Buenos, 9 de enero de 1920.

Sus mejores cuentos, por Antonio Monteavaro.

Buena idea ha sido la de exhumar algunos de los cuentos dejados por Antonio Monteavaro. Fué éste un espíritu excepcional, en verdad. Desgraciadamente se malogró, joven aún. Quien sabe qué dolor íntimo, muy hondo, lo impulsaba al pobre Monteavaro a buscar un lenitivo en el alcohol. Se olvidó que el refugio del hombre está en la Belleza, en el Arte. Y se apoyaba en el veneno verde, con afán de suicida. Hasta que halló el reposo. ¿Será el definitivo?

Muchos cuentos escribió. Pero el periodismo, como a muchos, lo tenía absorbido. Por eso, en todos sus trabajos se ve ese apresuramiento que se advierte en el estilo de quienes escriben para la prensa diaria. Escribía sus cuentos al correr de la pluma. Como si fuesen sueltos o crónicas. Y así los publicaba.

En esta última entrega de *Ediciones Mínimas* están tres de sus buenos cuentos: "La obsesión del heroísmo", "El robo más cruel" y "Hacia el pasado". Justo es felicitar al señor Leopoldo Durán director de dicha publicación mensual, por el acierto con que eligió esas producciones... *Pedro B. Franco*. — "La Nota", Buenos Aires, 6 febrero 1920.

LA CASA ABANDONADA.

**Parábolas y pequeños ensayos,
por Pedro Prado. s s s s s**

**EDICIONES MÍNIMAS.
BUENOS AIRES. MCMXIX.**

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

PEDRO PRADO es chileno. Silenciosamente, frente al mar y al pie de la montaña, maduró su juventud grávida de pensamientos armoniosos. Comenzó con un volumen de poesías, *Flores de Cardo*, publicado en 1908. Versos sin rima, liberados de moldes y acentos fijos, y densos de emoción grave. Le siguió *La casa abandonada*, breves poemas en prosa donde el poeta ha substanciado sus meditaciones en parábolas y alegorías que suponen una enseñanza. Después, *El llamado del mundo*, poemas que afirman las tendencias estéticas de su obra primigenia. Estamos, pues, ante una personalidad ya definida cuyo nombre nada evocará, sin embargo, a los espíritus superficiales y vocingleros. Lástima grande, en verdad, que ignoren su obra los tañedores de mandolina de nuestra gárrula América. Y anotada esta observación, mencionemos su cuarto libro: *La reina de Rapa Nui*, una novela que, por la maestría en el desarrollo de la fábula, la concisión y el colorido en las descripciones y el hondo sentimiento de la naturaleza, pondera la calidad del autor. Por último, *Los Diez*, breviarío de

estética cerrado con el broche de un encendido himno a la belleza pura que es una joya literaria. El estilo de Prado, — ya lo dijimos en una marginalia, — de sobria adjetivación, por su ritmo sereno y por su propiedad verbal, sólo es comparable al de los clásicos. Por medio de imágenes Prado expresa sentimientos e ideas que no conciben y expresan bien sino las mentes claras y disciplinadas. Y clara y disciplinada es la mente de Prado sobre toda ponderación.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

LAS DEFENSAS DE LA VIDA

ASTUTA es la vida. Te da el placer del apetito para que manténgas a tu cuerpo; el goce del amor para que sirvas a tu especie; la tranquilidad de tus juicios sucesivos para acallar el ansia de saber que te devora.

Todo lo que sientes, lo que haces, lo que sabes, lo que dudas, lo que ignoras, cada vez que los consideras, proyectan sombras, que son los juicios que te merecen.

Juzgar es tu actividad más constante. Quien percibe, distingue; i ya la percepción es juicio oculto. La imperiosa necesidad de hacer algo es en sí misma un juicio irresistible.

Cuando al pensar discutimos, el acto de juzgar se nos hace evidente. I cuando arribamos a la duda, la duda misma se nos ofrece como un campo de acción. En el sufrimiento que ella produce, nos duele lo que esa duda encierra i los obstáculos que se oponen a la actividad permanente de juzgar. Pero aun la duda tiene un perfil de certidumbre: arranca de los últimos límites conocidos. Ved cómo dudamos para cada caso con intensidad diversa, con vision más o ménos clara. I ved cómo al hacer distinciones entre las características de lo dudoso, juzgamos a la misma duda.

La ignorancia misma no es un vacío de juicio. Las débiles apariencias de nuestras ignorancias, tienen realidades propias que permiten diferenciarlas. Hai gradaciones sobre lo que no sabemos. Aun cuando medites en las cosas que no conocerás jamás, en la raíz oculta de la vida i del mundo, tus soluciones antojadizas, como pasar de nieblas, dejarán en tí un residuo que es forma de juicio sobre lo que no puedes juzgar.

Ya lo ves; del pasado remoto al futuro infinito, vuela tu juicio. No olvides que ni la duda ni la ignorancia la aietienen. No olvides que necesariamente en fuerza de

ser quien eres, juzgarás, lo desees o nó, lo poco que sabes, lo mucho que ignoras. Piensa a menudo en que acaso esta fuerza que te lleva a juzgarlo todo, es una defensa de la vida. La vida ha menester de tranquilidad interior i el hombre tiene vehemencia por saber. I si ésta te lleva a la inquietud, aquélla te empuja a darte soluciones. De tu necesidad de paz manan tus juicios lijeros. De allí también puede nacer la indiferencia, que es la forma ciega del juicio cuando el espíritu es débil, o es actitud de vida, defendiéndose de la incertidumbre dolorosa.

Nuevamente te digo: recuerda que tienes que juzgarlo todo; así verás en ello una necesidad de tu alma atribulada, no un juicio cierto sobre las cosas de la vida. I esta será la mas justa manera de juzgar a tu propio juicio.

LA CASA ABANDONADA

ALTA va la luna i las nubes volando en torno. De vez en vez cae una nube como una mariposa en las llamas de la luna i hay una pasajera oscuridad. Luego, el cuerpo consumido de la mariposa rueda por los rincones oscuros de la noche.

Viento del otoño alegre, ensaya un silbido agudo. Los árboles le hacen reverencias. Afanosas las arañas, zurcen los vidrios rotos de la casa abandonada, i continuos caletros estremecen los yerbajos del patio.

—Mala la noche—dicen los grillos que cruzan por entre los escombros.

—Mala la noche—repiten los pájaros, que no pueden conciliar el sueño con el loco vaiven de las ramas.

—¿Volverá?—preguntan los medrosos caracoles.

Bajo el bosque de ortiga i malvaloca, cruzan las ratas por vereditas que penetran a los cuartos vacíos. Los pisos de madera se pudren i se deshacen. Las paredes desconchadas, con grandes agujeros, evitan las revueltas inútiles.

Las cabezotas de los cardos que se yerguen al frente de las puertas, vaciaron sus enjambres en las piezas solitarias.

Cuando penetra una racha, bailan las plumillas la danza del viento.

I la rata blanca, que anida en un escondrijo, se desespera con la fuga de los vilanos, porque son el abrigo de sus ratoncillos.

—¿A dónde vais—chilla—locos, más que locos?

—No lo sabemos, señora. Preguntádselo al viento.*

—¿Os dejáis arrastrar por ese vagabundo?

—Hemos sido hechos para él. El polvo i las hojas i las aspas de los molinos, están encargados de hacer visibles a las ráfagas que soplan vecinas a la tierra. Las nubes i los vilanos, denunciamos a los vientos altos, que sólo en nosotros los perciben los ojos.

—Extraña ocupación.*

—¿Pequeña os parece? Hai muchos que sólo viven para indicar el paso de las cosas invisibles.

EL POETA

Los invitados se reían nuevamente de los poetas. Se reían, porque entre ellos había un viejo poeta. Pero las burlas no inquietaban al anciano.

—Es posible—dijo uno de los invitados—que esos hombres sean sinceros al cantar alabanzas al amor; pero ¿cómo pueden serlo cuando ensalzan el bosque, la sierra o el agua, que no poseen el hechizo del amor?

I los invitados se reían nuevamente de los poetas.

El anciano preguntó si le permitían decir algunas palabras.

—¡Habla! viejo mío, habla!—gritó el burlón.

—¿No recordáis a vuestros padres?—dijo el poeta.—¿I no viven presentes en el espíritu las cosas que rodearon a la infancia?

—Sí—contestaron todos.—La memoria de los padres i de la infancia vuelve a menudo al corazón.

—Entonces ¿qué os causa asombro?—preguntó el anciano.

—No comprendemos lo que quieres decir—dijeron los invitados.

—¿Por qué, en vez de decir que no comprendéis a los poetas, comenzáis por negarlos?

—No te enojés por ello—le respondieron.

—I a vuestros abuelos—continuó—¿les recordáis?

—Mui pocos de entre nosotros les hemos conocido.

—¿I a los padres de vuestros abuelos?

—Ninguno les alcanzó a ver.

—¡Ah!—exclamó el anciano—es pequeño el círculo donde brilla la gratitud, i flaca la memoria cuando las cosas atañen al corazón.

—Deciais que ¿cómo puede el poeta alabar el bosque? ¿Habéis estado en él? ¿I qué impresión os causó?

—La sombra era agradable; pero el silencio infundía inquietud.

—Fueron los bosques—dijo el poeta—las viviendas de nuestros abuelos más remotos. En el agrado que produce su sombra i en la inquietud que brota de su silencio,

revivís, debilitados, los sentimientos que agitaron a los hombres de la época fabulosa.

Si poseyérais mayor cantidad de la sangre inconsciente que recuerda, la selva se habría tornado para vosotros en algo tan misterioso i divino, como lo fué para el corazón azorado de aquellos abuelos errabundos.

—¿Ha trepado alguno la sierra?—prosiguió—¿I, llegado a las rocas calvas de la cumbre, se ha detenido a contemplar el valle?

—Si; i hemos sentido que el vértigo nos rodeaba.

—I habéis alcanzado el límite donde termina la tierra i comienza el mar?

—Si; i sentimos que el mar, igualmente, produce vértigo.

—¿I qué decis de la lluvia cuando cae sobre los campos?

—El corazón se entristece cuando la lluvia cae sobre los campos.

—Somos tierra i agua—dijo el poeta—i tornaremos a la tierra i al agua.

El vértigo de la montaña i del mar es el sentimiento de nuestra oculta conciencia al encontrarse ante las fuentes de la vida. ¿No traen una vaga tristeza la montaña i el mar? Es triste aun el recuerdo más lejano.

—Cien veces—continuó—habréis visto una noche de estío, cruzada, lentamente, por el vuelo de la luna.

—Sí, i siempre las noches de estío nos parecieron hermosas.

—Si poseyérais la sangre inconsciente que recuerda—dijo el poeta—la noche, que hace sensible el mar de sombras que nos rodea, hubiese sobrecojido i arrebatado a vuestro espíritu, postrado en oración ante la imágen de la primera edad del mundo, cuando sólo era la oscuridad impenetrable i en ella; como sombras en la sombra, aguardaban fundidas todas las cosas.

Como vosotros recordáis a vuestra infancia i a vuestros padres, el poeta siente que es capaz de recordar cuándo fué sombra, como sombra de la noche; cuándo fué agua, como agua del mar...

¡ Ah! —exclamó— veo con dolor que cada día son más escasos los que aman sus cantos, i sé que los pocos que alaban su fantasía ignoran que la fantasía es la memoria recóndita.

I el anciano, al despedirse, dijo a los invitados: :-

— Como el recuerdo de vuestros padres os apena i os contiene en el camino de la injusticia, el oscuro i remoto recuerdo que hiere continuamente el corazón del poeta le torna triste i bueno.

No os burléis de ellos, porque el día en que dejasen de existir, con su silencio caería en el olvido el acento redívivo del pasado del hombre; i la humanidad sería cruel e indiferente, como el hijo sordo a la voz de la sangre

EL SUEÑO DEL AMOR

Soy un cabritillo que se estrecha contra su madre.
Ah! qué pequeño me encuentro entre tus brazos,
mujer.

Mi alma es el alma blanca de un niño que sólo ambiciona una ternura maternal.

Cuán suave es el silencioso calor de tu piel. Un bienestar desconocido me priva de toda sensación precisa. Me siento llevado muellemente por una nube perezosa i sorda.

Cuán dulces i tibios son tus brazos. Tus brazos blandos, me rodean como la tierra jugosa de la primavera. Lleno como me encuentro de una profusa vaguedad de deseos, soy entre ellos una simiente hinchada por las flores que se insinúan.

Mi sangre se desliza con una música vaga i penetrante, i llena como va de la fatiga del amor, debe ser más dulce que la leche de la madre, i más cálida que la dorada miel de las abejas.

¡Ah! preciosa carga que corres por mis venas, cómo engañado me llevas hacia los fabulosos senderos de los sueños. ¿Qué vale ante tí la embriaguez del opio? ¿Qué es el más rojo de los vinos comparado con los labios de esta dulce mujer?

Pensamiento mio, vela en mi beneficio. No te rindas. No te dejes envolver por esta somnolencia que se arrastra callada como una sierpe. Haced porque, en vez de hundirme en una felicidad oscura, quede largo tiempo consciente de esta alegría profunda!

Mujer, tu alma que dormía me sonríe desde su encantado retiro i tus labios se me ofrecen. Cuán poderoso

habrá sido el murmullo de mis pensamientos, cuando ha logrado penetrar en tus ensueños...

¿Por qué en vez de esos sueños que con el alba se disipan, no viene la muerte a eternizar este momento?

Todo mi cuerpo lo desea, como si hubiese cumplido su misión, i yo la llamo en silencio porque ahora sería sabio morir.

¡Oh! gusanos de la seda, ¿por qué, como vosotros, no cerramos el círculo de la vida con el broche de oro del amor? Yo os he visto sobre las verdes hojas de la morera. Qué ardor en el moveros continuamente i qué prisa para crecer.

Pero la inquietud, que todo lo acecha, hace presa de vosotros cuando os parecéis a los dedos suaves i gordos de los niños.

Indecisos dejáis en olvido las hojas sabrosas, i de aquí para allá, irresolutos, vaís, como los hombres que después de haber luchado largo tiempo, se preguntan, por vez primera, si vale la pena continuar una vida semejante.

Hastidados de un mismo i continuo afán, heridos por la filosofía, buscáis un rincón tranquilo. Pero ¿cómo juzgar con claridad sin tener la costumbre de pensar?

¡Ah! pero vuestra vida, al parecer sencilla, ha sido rica en episodios. No existen dos hojas de la morera que sean iguales i cada una tiene un sabor particular.

Pensando en voz alta, rompéis a hablar inconcientemente. I el hilo de vuestras meditaciones es un hilo de seda que os envuelve i os aísla del mundo exterior.

Abstraídos en medio de vuestros sutiles i firmes pensamientos, por primera vez comprendéis el sentido de la vida i, ansiosos de regeneración, comenzáis a florecer las alas del espíritu.

¿Quién os reconocería en esas frágiles mariposas blancas? ¡Oh! sabias mariposas; en vez de volar hacia las flores, batiendo el aire perfumado de los jardines, voláis hacia el amor.

¡Cuán interminable es vuestro abrazo! I todo él acompañado por rumor de alas agitadas que atraviesan el espejismo de unos maravillosos jardines invisibles.

Sin sobresalto pasáis del amor a la muerte, como gotas de lluvia cayendo sobre el mar. Los últimos golpes de vuestras alas franquearon el misterio.

I en tanto que las otras atolondradas mariposas vuelan como flores deshechas en el viento, vuestras alitas blancas se desprenden como los pétalos del azahar.

I con cuánta rapidez vuestro cuerpo, ávido de no ser, se convierte en polvo gris que vuela como incienso consumido por el fuego.

¡Ah! mujer, cómo pesa la deliciosa fatiga del amor. Suavemente me hundo en un estado divino. I veo que aquel mi atribulado corazón, está limpio de toda impureza. Siento que mi carne, que ya nada desea de la vida, es como una carne purificada.

Yo también quisiera, como los gusapos de la seda, pasar de la ignorancia a la filosofía, de la filosofía al amor, i que ésta, su dulce fatiga, penetrase callada en el sueño profundo de una muerte bondadosa.

LA NIEBLA

NIEBLA espesa oculta las cosas. A cinco pasos de distancia no veo más que sombras difusas, i a diez sólo distingo algo lechoso e impenetrable que llena el vacío.

Pienso que al avanzar llegaré donde la niebla espesa tanto, que no divisaré mis pies.

A pesar de mis temores, diez, veinte, cien pasos más lejos, me encuentro en una situación semejante.

El que desea llegar, no encuentra impedimento en el engaño de la niebla, porque la experiencia nos dice que ella se presenta impenetrable sólo a nuestro alrededor. Bastará que caminemos para que nuestro alrededor camine con nosotros i el peligro guarde siempre una distancia suficiente para obrar.

EL VIAJERO

VIAJÓ por todos los países de la tierra i supo que eran mayores las semejanzas internas que las diferencias exteriores que presentan los pueblos.

Como en su alma anidaba un ave inquieta, desoó partir hacia países desconocidos. Pero ya no había para él países desconocidos i quedó triste, porque el hombre desea novedad.

Ante las cosas nuevas, decía él, estamos despiertos; el hábito aún no nos ciega. Si los niños son hábiles i activos, no lo son por ser ellos los nuevos, sino por serles nuevas todas las cosas. Si con la sangre les legáramos la ciencia adquirida, los niños serian serios i desencantados como los hombres. Viajeros hai, que buscan las emociones cambiantes, que permiten rehacer ese aspecto de la niñez.

Las enfermedades lo recluyeron en su casa i desde allí soltaba las palomas del recuerdo. Todas las mañanas paseó por el jardín i por el huerto de su propiedad. I aquel hombre, que sólo encontraba novedad en las cosas de los países exóticos, principió por preocuparse de los árboles, de las distintas malezas, de los insectos que pasan inadvertidos. Aprendió los nombres de todos ellos i pudo fácilmente distinguirlos. Encontró en esto un placer desconocido i tuvo la certidumbre de que el amor de los viajeros es ayudado por una suerte de miopía. Necesitan novedad, i sólo la encuentran en cosas de bulto: en nuevas costumbres, en ciudades ignoradas, en horizontes que cierran montañas desconocidas. Supo que el placer de viajar por el mundo o de viajar por el jardín de su casa, estaba relacionado con la potencia de la visión.

Con el pétalo de una flor entre los dedos observaba las venillas de la savia que descendían la comba, como arroyos brillantes por la falda de una colina blanca. Imperceptible pelusa cubría el pétalo, a semejanza del musgo

de la tierra, i un pulgón verde abrevaba en uno de los arroyos, a la sombra de la colina.

Paisajes nuevos, puros i hermosos, se ofrecieron a los ojos del viajero, i el ave inquieta que anidaba en su alma se hizo sutil i voló unos vuelos prodigiosos dentro del pétalo de una flor, porque es un sueño aquel concepto que los hombres tienen del espacio.

EL ESPEJO

CADA vez que me observaba en un espejo recibía una impresión extraña.

—Ahí te tienes, me decía.

—Pero ¿acaso soi tan sencillo como todo eso? me preguntaba.

Aquella imágen opaca, impenetrable, parecía tan ajena a mí mismo, como si fuese la figura de otro.

Por fin, una noche descubrí el verdadero espejo.

Sobre el jardín envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor de las estrellas.

En los cristales de la ventana veía reflejada la luz de la lámpara i mi actitud pensativa. Pero a través de mi imágen pude observar la arena de los senderos, los maticos de rosas que florecían en mitad de mi pecho, las estrellas lejanas que brillaban en mi cabeza.

Pensé haber encontrado un buen espejo.

Aquella mi sombra, atravesada por franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes, hablaba, con extraordinaria claridad, del origen de nuestro cuerpo i de las tendencias que llenan al espíritu humano.

EL BOSQUE

CON el viento, los árboles cantan una triste despedida: "Cuando el hombre llegue con el fuego i el hacha, no nos será posible huir. Uno a uno recibiremos todos el inmenso suplicio. Los robles gigantes, las pataguas que florecen blancas i olorosas campanas, el coigüe airoso, el oculto guaguan que embalsama la selva, i otros cien, darán una sola i compacta ceniza, con la gloria de las hojas verdes.

"Va el hombre a destrozar el corazón de la selva para colocar el suyo. Juzgad ¡oh, tierra impasible que sustentas a unos i a otros! Juzgad ¡oh, vientos que traéis las nubes, i nubes que traéis el mar! Juzguen asimismo las águilas que vuelan en círculos errantes...

"Un nuevo señor se apodera de la tierra. ¿Qué méritos le hacen deseable?

"Oid, vosotros, verdugos de todo lo creado, a quienes llena un eterno afán i un eterno descontento. Recibid, en nuestras palabras, el último fruto del bosque que va a morir.

"La unión de los árboles es su único templo. Una catedral gigantesca i doble, verde como una esperanza continuada, la que luce sobre la llanura, i blanca la que arraiga en las profundidades de la tierra parda.

"Hincadas nuestras raíces en el suelo, con los brazos abiertos en perpétua oración, bendecimos al cielo.

"Libres de conocer la superficie de tierras extrañas, ahondamos continuamente en la nuestra. Así la existencia es un aporte continuo de sabiduría, i hace que un árbol nunca deje de subir.

"Qué hermosos serían ¡oh, hombres! vuestros ancianos diminutos si sus cuerpos fuesen altos i rectos como el roble centenario! I cómo flotaría la santidad sobre la tierra si, como él, en fuerza de su anhelo constante, fueran capaces de atraer i consumirse en el rayo de los cielos.

“En mil años de crecimiento invisible, en mil años de una constancia de que no es capaz vuestra vida efímera, soportando la crudeza de mil inviernos i la esperanza de mil primaveras, hemos formado la maravillosa hermosura de una solidaridad que jamás alcanzaréis vosotros.

“Alzad los ojos i ved! Ved cómo cada cual siente que los brazos de los que le rodean penetran hasta su corazón, i cómo cada cual hunde sus ramas en el corazón de los vecinos”.

LA FISONOMIA DE LAS COSAS

UN estudiante recorría un pueblo desconocido i reparó en que las casas, con los huecos de las puertas i de las ventanas, alcanzaban cierta semejanza con la fisonomía de los hombres. Una pequeña, con los postigos entornados, a la sombra de los árboles, parecía la faz lánguida de una mujer triste; otra ultrajada por el tiempo, le infundió repulsión por su mirar torvo i cínico. Había ventanas desvencijadas que sonreían; zaguanes oscuros, como bocas sin dientes; casitas iguales dispuestas en dos hileras, que se contemplaban como los colegiales cuando no comprenden lo que se les pregunta.

Preocupado con estas apariciones extravagantes, el joven viajero, entrada la noche, regresó a la posada. Después de comer, i una vez metido en su cuarto, se sentó en una ancha i baja silla de brazos que le hizo sonreír, pues le recordó a cierta mujer gorda i pequeña de su pueblo.

Por la ventana se veía la noche clara. Un lejano escuadrón de nubes le entretuvo como un juego de charadas: un león furioso, caballos desbocados, una virgen desmayada i un gigantesco oso blanco que amenazaba tragárselo todo.

—Vamos, se dijo el estudiante; ahora comprendo a los poetas: son los hombres que perciben las semejanzas. Ya fatigado, se metió en el lecho i trató de atrapar el sueño, leyendo alguno de los dos libros que había traído consigo. Uno era un tratado de moral i otro de filosofía. Lleno aún de la nerviosidad que le produjera la fisonomía de las cosas, creyó ver que en el libro sobre moral los sentimientos humanos se aplicaban a las fuerzas desconocidas. Había bondad humana, alegría humana, recompensas i castigos humanos distribuidos por todas partes. El universo estaba lleno de nuestros sentimientos.

Su curiosidad más i más excitada, le hizo continuar con el libro de filosofía. En un comienzo no encontró nada

de particular; pero luego sospechó que, de vez en cuando, los filósofos veían, en vez del mundo, a sus propias ideas, ni más ni menos que él veía fisonomías humanas en las fachadas de las casas.

Entonces, el estudiante, escribió en su libreta de apuntes este pensamiento, que no comprendieron sus amigos:

“Los ojos de los hombres tiñen de hombre a las cosas que observan; los sentimientos de los hombres vis-ten de sentimientos humanos a lo que es indiferente; las ideas de los hombres reducen el mundo a una cosa que se parece al hombre”.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

EL PODER DE LA SANGRE

DEL dedo herido veía caer gotas de mi sangre. Brotaban lentamente, hinchábanse cada vez más, i al brillar como los granos de la granada, se desprendían sin ruido para hundirse resueltas en el agua de una fuente campesina.

Cien gotas cayeron en ella i toda se tornó roja como si fuese sangre vertida por la tierra.

Un ermitaño que pasaba por el sendero, pálido de asombro me preguntó:

—¿Dónde te has herido?

—Una rama me hizo este pequeño rasguño; ved—contesté sonriendo.

—Pero ¿cómo puede ser que una herida tan pequeña haya manado la sangre necesaria para llenar la fuente?

—¿Por qué olvidas—le dije—que la sangre es poderosa? Basta muy poco de ella para convertir en púrpura a un agua considerable.

Cien gotas han caído aquí i tú ves: el agua dócil es ahora sangre de mi sangre.

¿Has oído decir que la sangre es espíritu? Ante la vista tienes el milagro de su poder.

Medita en ello.

La boca es la herida del espíritu.

Manan de allí las palabras como las gotas de sangre que vierten las heridas i caen en el aire como en agua transparente i débil.

¡Ah! si distinguieras esta brisa que te lleva cuanto digo, mudo de asombro la verías teñida de mi espíritu seguir por los campos su vuelo vagabundo.

LAS PATAGUAS

Yo que conozco mi patria como el hortelano los rincones de su heredad, he buscado en ella algún símbolo hermoso para ofrecerlo a los que forman el alegre corro de la juventud americana.

Traigan otros el laurel oscuro o las hojas temblorosas de la palma, i vuélvanse todos portadores de su rama de oliyo; que yo también traigo mi brazada de leña, i he aquí que la arrojó dichoso en medio de esta hoguera santa que ablanda los corazones, como panales que derrieten por fin la miel de que van llenos.

¡Ah! mis amigos, cuán dulce es la amistad de los jóvenes i cuán deseable su bulliciosa ingenuidad! Al creer en la poesía, permitid que yo, poeta libre como las aves locas, os comente mi envío.

Allá en los lejanos campos de mi tierra, donde los árboles bajan a lo más profundo de las hondonadas a beber el agua clara, alientan multitud de bellezas i de enseñanzas que se ofrecen a los ojos agradecidos de los perspicaces.

Allí vive un árbol hermoso, que no hiere el hacha de los leñadores i que por ser el preferido de las aves, va cubierto de nidos que penden de las ramas como los verdaderos frutos de la patagua.

Las pataguas son gigantes de troncos inmensos que, al penetrar en la tierra, se bifurcan como las pezuñas hendidas de los bueyes. Pero esos troncos soberbios han sido formados por numerosos vástagos que fueron aproximándose, estrechándose, penetrando los unos en los otros hasta fundirse en un solo madero nudoso, el más imponente de los bosques centrales de mi patria.

Como los jóvenes arbolillos, emergiendo de puntos diversos, se inclinaron hacia un centro común, se ha formado, i queda bajo el árbol viejo, una concavidad que los leñadores aprovechan. Ahí, cada patagua, como en un lugar de sacrificio, albergará el fuego del montañés para

librarlo de las ráfagas violentas. I no temáis que las llamas hieran su vitalidad. La unión es tan estrecha, que resbalan en esa carne como sobre la peña dura.

I más que amparadoras del fuego lo son del agua sana. De aquí, talvez, el origen de su nombre. Sabed que todas las fuentes más cristalinas, que todos los arroyos más frescos, nacen del pie de una patagua. Ninguna merece como ésta el nombre de agua de la vida, porque en sus márgenes los hombres, que la prefieren entre todas, levantan sus casas, que el viajero ve reflejarse en la pureza del cristal como flores de humanidad.

¡Bendito sea el árbol siempre verde que se ofrece a los nidos, que ampara el fuego i que mana el agua de la vida! ¡Estos son sus verdaderos frutos; i todos ellos se deben a aquella unión poderosa que atrajo a los vástagos dispersos para fundirlos en el Señor de la Selva!

Yo os ofrezco una rama de patagua florida. Sus flores blancas son como pequeñas campanas. ¿Qué otra forma podían tener? Reciba cada cual la suya, colóquela en su corazón i quede alerta al constante repique que llama a desear el fuego i el agua de la unión!

LA CONFIANZA

Las gaviotas empollan entre las rocas, confiadas en las olas que las salpican.

Los pescadores duermen tranquilos dejando sus barcos tumbados en la playa.

I vosotros, pueblos costeros i puertos bulliciosos de comercio, reposáis serenos a la orilla del agua, teniendo ante los ojos el abismo i sus mareas inquietas.

Ni el cielo negro, ni el invierno crudo os turban, labradores, cuando, confiados en el verano próximo, arrojáis el grano sobre el campo triste. I las noches preñadas de sombras i terrores no logran haceros desconfiar de la vuelta del sol.

Todo lo preside la confianza. ¡Oh! buena madre de la santa paciencia! Si eres la fuente de la paz i del sueño; si eres el cimiento de todo reposo ¿por qué turbas el corazón del hombre? Tú no ignoras que su cuerpo tiene ansia de perdurar eternamente. I tú bien sabes que cada cual comprende lo imposible de su anhelo.

Tú, tú le abrumas porque has hecho que arraigue en sus entrañas, como una zarza sangrienta, la desoladora confianza en la muerte final.

LOS ULTIMOS AZAHARES :

Los naranjos i limoneros salpicaban sus oscuros follajes con innumerables azahares que brillaban en los rayos de la luna. Corría un airecillo blando cargado con el perfume de las flores i con el sosiego de la noche clara. Nuestros corazones, a semejanza de las arañas diligentes, tejían un hermoso juicio sobre la vida, que brillaba como las frágiles redes de plata de las arañas que hilan.

Cientos de pájaros ocultos dormían en las espesas copas, que estremecían con ligeros sobresaltos. Sólo un naranjo, el más viejo de todos, estaba solitario. Dos años antes, era el preferido de las aves i el que recibía más alabanzas de nuestros amigos, que admiraban un ejemplar tan soberbio. Era, entonces, el más hermoso; pero no el que producía el mayor número de naranjas doradas. Pero una oculta enfermedad hizo que amarillearan sus hojas i, pronto, unas tras las otras, se desprendieron, como jilgueros heridos, que buscaban las altas yerbas para esconderse i morir.

Cuando llegó la primavera de ese año, el viejo naranjo, que siempre fué avaro de azahares, se llenó de ellos como de buenos propósitos; pero sus fuerzas disminuían, i muy pocos se tornaron en naranjas pequeñitas, que los niños codiciaban en sus juegos.

Anoche me he acercado a él, i, bajo la luz de la luna, desnudo de hojas i cubierto de azahares, parecía nevado con una nieve ligera i perfumada.

¡Ah! pero no me engañas, viejo mío! Vi que tus azahares se desprendían al paso de la brisa más ligera. Ninguno de ellos fructificará.

Vi a los pequeños líquenes i a los musgos dorados crecer sobre tu cuerpo altivo, como crecen las hierbas sobre la tierra. Ninguno de los azahares fructificará. Son demasiado numerosos para tus fuerzas escasas, que

desprecian los pájaros que duermen i que chupan miriadas de piojillos inmóviles.

¡Ah! viejo mío; hubiese sido deseable diseminar, en el transcurso de los años idos, esta abundancia de azahares. Pero ya es imposible. Sobran los buenos propósitos, nacidos ante la proximidad de la muerte, porque cuando a ésta ya se la divisa, llega demasiado pronto...

EL REMANSO

LA conversación se hacía cada vez más profunda. Por esto los silencios eran cada vez más frecuentes.

El más joven de los amigos volvió en sí i dijo:

“A medida que consideramos mayores abstracciones, la sensación de realidad de nuestro cuerpo i de nuestra vida se debilita. Cuando llegamos, por fin, a pensar en las causas primeras, deshechos en ellas, somos tan sólo el reflejo del mundo.

“Escucha. Acompañado de un arriero en noche de estrellas i de nubes volantes, viajaba por las serranías de la costa. Los árboles negros retorcidos por el viento del mar, los cerros enormes i poderosos de gravedad, el arriero sombrío i la esquila sonando en el silencio de la noche, pusieron una inquietud mayor en las acechanzas del camino desconocido.

“Yo vi cuando las mulas llegaron al borde de una hondonada i principiaron a descender con lentitud.

“El sendero era estrecho i oscuro.

“La esquila dejó de oírse i las mulas se detuvieron llenas de un terror extraño.

“Avancé entre los animales azorados i, mudo de estupor, vi el sendero interrumpido por una sima inmensa que, atravesando la tierra, se abría al remoto firmamento de los antípodas.

“¡Era una visión de eternidad!

“Brillaban en su fondo estrellas infinitas, i nubes silenciosas pasaban impelidas por un viento lejano.

“Las mulas temblorosas, atraídas por el vértigo, rodeaban el abismo.

“Aquella visión extraordinaria que llevara el engaño a los animales inquietos por el misterio de la noche, era un remanso del estero.

“El agua, al contemplar el cielo profundo, las estrellas radiantes, las barrancas de su cauce, se había tornado cada vez más inmóvil i maravillada. Poco a poco la atención absoluta de su ser transparente hizo que la esencia de su cuerpo i de su vida se transformase, en fuerza de meditación, en un mundo semejante al que era objeto de su pensamiento.”

EL FUEGO

LA Flor Roja, la más extraordinaria de las flores, la que lleva el espanto a los salvajes habitantes de la selva con sus pétalos largos i múltiples como los de una crisantema ardiente i colosal, se enseñoreó de mi casa reduciendo a cenizas trabajos realizados, i creed que, si hubiese sido posible, agostara los recuerdos, i al tener consistencia el porvenir, hubiëra recorrido la cadena de los años futuros hasta consumir la eternidad.

Fué, no os lo podéis imaginar, un espectáculo soberbio i cruel, con el cual (¡oh alma loca!) maravillado sufría.

.....

¡El salvamento! Os ayudan unos cuantos vecinos de buena voluntad, otros tantos ladrones i muchachos que entran i salen a la carrera llenos de una satisfacción extraña al sentirse útiles. Estos diablejos darán en seguida alas a su imaginación cuando relaten a sus abuelos, a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos, hazañas estupendas.

Como continuamente me ocupan pensamientos que se ligan a las cosas que no los poseen; como soi en ocasiones voz puesta al servicio de los sin voz, sentí que el incendio quería hablar por mi intermedio. He aquí, en orden de nacimiento, sus ideas locas.

"Tú que guardas preferencias por tu labor intelectual, juzgas que la olvidaste del modo más grosero. No te inquietes, que nada de eso ha sucedido. Acontece que ante los trances duros, los valores de la vida cambian. En medio de una existencia muelle i fácil, prima lo que colma tus goces, tu orgullo, tu parte de vanidad. Ante una catástrofe, la miseria de tu cuerpo adquiere un valor insospechado i así salvas tu vida dispersa en tu mujer, en tu hijo... ¿Has hecho otra cosa?

"Cuando fuiste por tus poemas, ya te había cerrado el

paso i los leía ávidamente, tan ávidamente que los consumi.

“No te apesadumbre su pérdida. Los aprecié con justicia i puedo declarar que sus méritos quedaron de manifiesto en las llamas pequeñitas que brotaron de cada uno de ellos. No puedes, si, compararlas con las que floreció la madera de tus muebles; ella habia sido cuerpo de los árboles, tierra hecha verdura, agua de mar caída de la lluvia.

“Un pensamiento aislado da una llama insignificante; pero imperecedera. Ella es vuestra Flor Roja. I cuando la muerte te consuma, cuando de tu voz no quede la memoria, no habrán podido morir tus pensamientos, porque no viven en ti, ni en ellos mismos. Son eternos; vienen cristalizándose desde aquella época en que nada se habia separado i en que toda era una sola i palpitante inconsistencia.

“La muerte nada agota: morir es transformarse. Mutaciones continuas que no podrán lograr que algo desaparezca para siempre. ¡Oye, tú; la nada es ya imposible! En las nieblas, en la sombra, en el silencio que pudiera seguir a la desaparición del universo, quedaria prendido, de una manera impérrdurable, todo lo que fué. Cada hecho, por insignificante que sea, lleva, como un estribillo eterno, un eco que se hará sensible en toda circunstancia, extendiéndose más allá de los límites ponderables.

“Os dije que ante una catástrofe los valores de la vida cambian; pero, si quieres avaluar con justicia, debes suprimir la nerviosidad que entraba, el temor que ofusca.

“Después de lo dicho, i tranquilo como ya te encuentras, da valores a tu vida para la vida i para la muerte. Hay algo que es lo primero; ¡búscalos! Vive como ante la inminencia de un peligro i, al poseer la serenidad, serás risueño i justo.

“Si en guerra por la paz suspiras, si el dolor os mueve a buscar la alegría ¡que la muerte aconseje a la vida! es el secreto.”

EL ENGAÑO DE LA VELOCIDAD

EL tren venía de muy lejos e iba más lejos aun. En medio de los campos verdes, en la hosca garganta de una sierra, a la orilla de un río claro, en ciudades alegres, el tren se detiene cada vez i descienden los que terminan su viaje i suben los que comienzan el suyo.

Camina con una velocidad vertiginosa que no turba la paz de los vagones donde la gente conversa i rie. Todos comienzan por observar el paisaje que atraviesan, pero el desfile incansable fatiga los ojos que se vuelven hacia el refugio del pequeño interior. I todos se encuentran tranquilos, porque se sienten arrebatados por ese tren que avanza en línea recta.

¡Ah! pero he aquí que los viajeros que descienden en los pueblos desconocidos se encuentran desorientados. Ninguno sabe hacia qué lado sale el sol, i los vecinos se burlan cuando yerran al señalar los puntos cardinales.

Cuando partimos, dicen los viajeros, el oriente estaba a la izquierda de la vía; hemos venido de norte a sur; ¿cómo es posible que ahora se encuentre a la derecha?

Un buen hombre, compadecido de la inquietud de los desorientados, les dijo: "¿Quién os ha dicho que habéis venido siempre en esa dirección? Es el engaño que produce la velocidad; ella nos hace creer que avanzamos sobre una línea recta. Cuando se va con rapidez, se cree al corto tiempo, estar muy lejos del punto de partida; sin embargo, si sólo se ha dado una gran vuelta, qué desconcierto al encontrarse nuevamente en él!"

LOS PESCADORES

ANTES de salir el sol, fui hacia el sitio elegido por los pescadores para echar la red. El aire era frío i limpio. El mar parecía estar lleno de aguas nuevas. Al beber el soplo de eternidad del aire i del mar, me sentí alegre i liviano como si yo también fuese ajeno a lo pasajero de la vida.

Un grupo de pescadores sacaba la red. Tres de un extremo, tres del otro, trepaban el blando declive de la playa.

Asomaron al ras de las aguas grandes peces que, en furiosas contorsiones, trataban de escapar. Corrieron apresurados los pescadores i les lanzaron lejos del alcance de las olas. Uno, dos, tres... contaban. Nueve docenas. ¡Fué una buena cosecha!

Atraído por la curiosidad, llegó otro grupo de pescadores. Los que venían en el bote echaron a su vez la red. Remaron, describieron una gran curva para desembarcar un poco más lejos. Tres de un extremo, tres del otro, la recogieron, en seguida, lentamente. Apareció, por fin, un pequeño montón brillante. Contaron a su vez: uno, dos... cinco. I sonaron cinco golpes sordos al caer los peces contra la arena. Entre los otros pescadores, entre los afortunados, había un anciano. Me acerqué a él i le dije:

—Buena suerte tienen ustedes, abuelo.

El viejo pescador me miró en silencio.

—Aquí, una gran pesca; allí, un resultado miserable — agregué.

—Los pescadores — me respondió — no tienen suerte. Los jóvenes, cuando principian a echar la red, creen en la buena o en la mala fortuna. Creen en ella, porque la han tentado un corto número de veces.

Hoy hemos tenido, es verdad, una buena pesca. Los vecinos la tuvieron mala. Mañana i todo el mes i todo el año, puede suceder igual cosa; pero ya llegarán los días

de las buenas pescas para ellos i de las malas para nosotros. Llegarán antes de un año, antes de un mes; acaso mañana mismo. ¿Cuántas veces en la vida alcanza el pescador a echar la red? No lo sé. Pero todos los viejos sabemos que, al fin de ella, cada uno habrá sacado del mar tantos peces como su vecino. Usted es joven; sólo los jóvenes creen en la buena o en la mala suerte de los pescadores.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

DONDE COMIENZA A FLORECER LA ROSA

EL viejo jardinero poseía una infinita variedad de rosas. Haciendo el papel de los abejorros llevaba el pólen de una flor a otra, efectuando el cruzamiento entre los ejemplares más diversos. De esta manera, obtenía nuevas i nuevas variedades que amaba con verdadera pasión, i que despertaban la envidia de los que no sabían imitar a los abejorros.

Como nunca regalaba una flor, adquirió fama de hombre egoísta i malo. Una hermosa señora que fué a visitarlo, volvió asimismo con las manos vacías, repitiendo las palabras que le dijera el jardinero. Desde entonces, además de egoísta i malo, le tuvieron por loco i nadie volvió a ocuparse de él.

“Es usted tan bella, señora — le había dicho el jardinero — que le regalaría gustoso todas las rosas de mi jardín; pero, a pesar de mis años, aun no sé donde comienza una rosa a ser rosa, para cortar justamente allí i separar una flor entera i viva. Se ríe usted de mí; ¡oh! no se ría, se lo ruego.

“I el viejo jardinero llevó a la bella señora ante el rosal que florecía la variedad más extraña: un capullo encarnado, como un corazón abandonado, entre las espinas.

“Vea usted, señora, — decía el jardinero i sus dedos viejos i sabios acariciaban la flor — yo he seguido el curso del florecimiento de la rosa. Estos pétalos rojos salen del cáliz como las llamas de una hoguera pequeñita. ¿I es posible separar una llama i conservarla ardiendo? El cáliz se adelgaza i se funde insensiblemente en el largo pedúnculo, i éste, a su vez, penetra en la rama, sin que nadie pueda precisar cuando termina el uno i comienza la otra. He visto que el tronco empalidece poco a poco al internarse en el suelo, i que las raíces están unidas a la tierra por el agua que sube.

“¿Cómo separar una rosa i regalarla si no sé dónde ella comienza? Regalaría una corola desprendida violentamente i usted sabe, señora, cuán poco viven las cosas mutiladas.

“Cuando llega octubre i observo que los capullos hinchados se abren, yo, que he tratado de saber dónde comienza a florecer la rosa, nunca me atrevo a decir: mis rosales florecen; siempre exclamo: la tierra está florida ¡bendita sea!

“Cuando joven, yo era rico, fuerte, hermoso i bueno. Cuatro mujeres me amaron en aquella época.

“La primera amaba mi riqueza. En manos de aquella mujer desenfrenada, se desvaneció rápidamente mi fortuna.

“La segunda amaba mi fuerza. Me hizo luchar i vencer a mis rivales, i en seguida agotó mis energías con sus caricias.

“La tercera amaba mi belleza. No cesaba de besar-me, prodigándome los dictados más lisonjeros. Terminó mi belleza con la juventud e igualmente el amor de esa mujer.

“La cuarta amaba mi bondad i se valió de ella en su propio beneficio. Conoció, por fin, su hipocresía i la abandoné.

“En aquella época, señora, era yo un rosal que tenía cuatro rosas. Cuatro mujeres cortaron cada cual la suya. Pero si el rosal alcanza cien primaveras, la rosa alcanza una tan sólo. Fué así cómo aquellas pobres flores, al deshojarse, se deshojaron para siempre.

“Desde entonces no sale una flor de mi jardín. I a todo el que me visita le digo: ¿Cuándo dejarás de entusiasmartes con los hechos aislados? Si eres capaz de limitar alguno, anda i corta allí donde comienza a florecer la rosa.”

LA NOCHE

LA noche reinaba sobre la bahía. Una noche negra, salpicada de estrellas puras. En el extremo del muelle oía el chapoteo de las olas i contemplaba obsesionado las aguas oscuras que subían.

En algunas noches, nuestros ojos ven más lejos que bajo la luz analista i cegadora del sol. Esa noche era de ellas. No distinguía una tabla de otra, de las que formaban el emplantillado del muelle; pero, por sobre mi cabeza, a una distancia prodigiosa, cien veces la del sol, admiraba centenares de mundos cien veces mayores que el nuestro. Algunos, pequeñísimos por la lejanía, brillaban tan sólo una vez, con el parpadeo de un punto insignificante.

El sol despierta el movimiento i apaga los astros i las meditaciones. Cuando recorre el cielo, reina en él como único soberano, i la tierra pierde la unidad de la sombra i se presenta como un conglomerado. Vemos diferenciarse a los granos de arena que forman las altas dunas, i desplegar sus hojas a las yerbas que afelpan i reverdecen las praderas.

Cuando el día llega, nuestros hermosos proyectos de la noche nos parecen llenos de tantos i variados obstáculos, como cosas distintas se presentan ante los ojos. Aun los árboles brillantes i dóciles al viento, aun las rocas tenaces, aun nuestro vecino indiferente, adquieren las proporciones de una realidad abrumadora.

I tú mismo, mi propio espíritu, con el alba que dora la suave ondulación de las dunas, te dispersas, como las arenas en alas del viento que sopla del mar. Tú mismo, como ellas, de una manera insensible, avanzas sofocando las promesas de los hermosos campos. Uno a uno aparecen mis deseos i apetitos, i todo yo no soi otra cosa que la indecisión de fuerzas que me disgregan i me conquistan sucesivamente. Ah! entónces tengo necesidad de encon-

trar un olvidado girón de la noche. I camino, camino por la playa húmeda hácia los lejanos pinares.

Oh! pinos rumorosos, que, sobre la falda ardiente de la arena muelle, entonáis una canción interminable en la que el viento se goza.

Oh! pinos sombríos, que sin esfuerzo alguno i con delicia para vuestro propio ser, os gozais con las ráfagas salinas, i sois el reparo de los sembrados ante las dunas que avanzan solapadas.

Oh! pinos generosos, para vosotros la tristeza del otoño pasa inadvertida, porque las viejas agujillas rojas caen al empuje de las nuevas agujillas verdes. Sois como los que desprecian sus anhelos antiguos, porque cien mejores i más altos reclaman su atención. Como ellos, continuáis pletóricos de vida, i vuestras copas siempre verdes, se elevan i se ensanchan, empapando a las brisas en vuestro aroma saludable.

Oh! pinos soñadores; quién alcanza bondad como la vuestra, que perfuma más intensa allí donde es herida. La sierra que os penetra queda tibia, i las manos, olorosas a resina.

Oh! pinos sinceros; quién tuviera vuestros frutos alados que, para ir lejos, no han menester de tentar la gula de las aves. ¡Ah! cuando las piñas resacas se entreabren, abandonan su colmena como enjambre de abejas voladoras.

Oh! pinos espesos, cuando el sol está sobre nuestras cabezas, vuestra sombra es fresca i deseable. Cuando todo hierva i las olas se despedazan i las altas ramas bailan enlcquecidas con la borrasca, la sombra, que cae como miel de vuestras copas, cae llena de paz. Un girón de la noche i de la meditación queda siempre bajo nosotros. Por eso os amo, i los hombres os prefieren para que, en medio de las plazas i jardines de la ciudad, seais los que inviten a olvidar la fiebre, i a proteger el amor i el nacimiento de las ideas puras.

EL CAZADOR

CONVIDADO por un amigo, hice mi última partida de caza. Aquella vez la escopeta que apoyaba en mi hombro, me producía una impresión extraña. Pisaba con fuerza, como un conquistador, i escojía de preferencia las yerbas altas, romazas i yuyos, para doblegarlas a mi paso; los terrones resecos para triturarlos; las pequeñas charcas para chapotear en ellas. Amaba en ese instante la vida primitiva, i con placer hubiese emprendido una lucha.

Nuestras víctimas serian los zorzales i torcazas que poblaban el bosque que descendía hacia el estero. Llegados a los primeros árboles, después de algunos mutuos convenios, nos internamos en direcciones opuestas.

Fresco olor a menta desprendian las matas de poleo. Los boldos, los peumos fragantes, los litres i los arrayanes floridos, alegres ántes bajo el sol, parecieron guardar una quietud i un silencio comparable al de un grupo de personas cuando llega un intruso. Después de haber andado largo rato en medio de esta recelosa acojida, sentí la dijera inquietud que se apodera de nosotros cuando entre los árboles de un bosque, que tienen no se qué lejana semejanza con los hombres, esperamos que hablen i, no obstante, permanecen callados o sólo murmuran con los vientos que pasan.

Atento al menor ruido, no encontraba una caza digna. Una sola vez divisé, tras una gruesa rama, a un zorzal que se movía con esa elasticidad siempre pronta para emprender el vuelo. Disparé, pero las municiones debieron de chocar contra las ramas. Creí que se había detenido en medio de unas quilas; pero un nuevo disparo sólo azotó las hojas verdes i las cañas flexibles.

Anduve largo rato; horas tal vez. Un matorral espeso me obligaba a dar una gran vuelta; un árbol caído torcía mi rumbo, i luego vencía una ciénaga cubierta de helechos, donde mis pies se hundían blandamente para luego salir dando chasquidos sonoros i huecos, como botellas que

se destapan. Seguí algún tiempo el curso de un arroyo transparente que descarnaba de tierra las raíces asomadas a su lecho. Hojas secas seguían los tumbos de la corriente.

Sentía cansancio, fastidio i hambre. Descorazonado, contemplaba mi alrededor, cuando divisé un cartucho quemado. Sin saberlo, estaba en el mismo sitio de hacia tres horas. A la derecha, la rama gruesa, escudo del zorzal; al frente, el matorral de verdes quilas. Decidí regresar. No puedo decir cuánto tiempo estuve dando vueltas i revueltas entre los árboles, hasta que divisé por tercera vez el matorral de quilas. Me sentí desorientado i furioso. Comprendí, entónces, la verdad de aquella frase que dice: los árboles no dejan ver el bosque.

Chincbles, raras, diucas i chercanes, la plebe de los habitantes del aire, volaban entre las ramas distantes sin inquietud alguna. Unos cuantos golpes de alas, i se encontraban sobre las altas copas. Desde allí divisarían las sementeras i el campo libre.

No sé lo que pasó por mí. Una, dos, cinco veces, disparé mi escopeta. Satisfecho de mi venganza, recogía mis víctimas i desplegaba entre mis dedos los pequeños abanicos ensangrentados de sus alas; todo inútil: no comprendemos el sentido de las alas ajenas.

Triste ante mi impotencia, ví cierta semejanza entre el pequeño bosque, que bastaba para confundirme, i mi propia vida.

El sol, que antes íto atravesara lo tupido del follaje, ya en su ocaso, penetraba fácilmente entre los troncos. Fulgor amarillo, luego anaranjado, luego rojo brillante, bañó el bosque como el reflejo de un incendio. He aquí mi guía, pensé. Recordaba que la casa de mi amigo estaba al occidente del bosque. Caminé sin descanso. Dejé a mi espalda los últimos árboles, bajo el cielo violeta del crepúsculo.

La escopeta cargaba sobre mi hombro como un peso muerto. Escojí con prudencia el sendero ondulante i contemplé, por primera vez, lleno de una ternura desconocida, las yerbas sombrías i las charcas luminosas que reflejaban las primeras estrellas.

EL DIA DE FIESTA

HA llegado el día del descanso. La mañana brilla azul. Las acacias desgranán sus ramos de flores blancas i perfumadas.

Nueva apariencia tienen las calles de la ciudad.

Pasan los hombres de negocios, los empleados, los obreros.

—¿Por qué llevais esa cara de fastidio?

—Psh!—contestan, levantando los hombros con un gesto de hastío.

—Pero ¿qué os sucede?—insisto.

—¿Qué? Pues, que nos aburrimos. Pesa este día ocioso. No sabemos qué hacer. Vamos de aquí para allá, matando el tiempo.

—Pero habeis enfermado hasta tal extremo?— les pregunto.

—No estamos enfermos—replican.

—Sí, lo estais. La obligación os ha corroido. Entregados por completo a vuestras ocupaciones habituales, habeis llegado a ser serviles como los malos esclavos: suspirais por ellas! Hé aquí que se os ofrece la libertad i no sabeis cómo emplearla.

Hombres que os aburrís en los días de fiesta, vuestros ojos tienen el mirar opaco i triste de los animales domésticos.

Fijaos en los bueyes sombríos: después de la diaria faena, al encontrarse en el campo abierto, sienten como siguen gravitando, sobre las sudorosas testuces, los yugos invisibles.

EL ESPANTAJO

¿QUIÉN favorece a los sembrados i llena de temor a los pájaros hambrientos que volando chillan? Con los brazos abiertos, un espantajo ridículo bate sus ropas flojas.

¡Cuántas veces el labriego, que descansa bajo los arrayanes, ve a los pájaros, que cruzaron temerosos sobre el campo protegido por el remedo de un hombre, comer, en sus propios pies, las migajas de su pan...!

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

EL ECO

ALGARABÍA de escolares por el campo. Corren i gritan i se persiguen i luchan, poseidos del goce de la naturaleza i de la libertad.

El maestro los sigue sonriendo. Sabe que, si él alcanza a comprender las causas de la alegría infantil, es incapaz de entregarse a ese transporte que los hace morder las flores i restregar la cara en el césped oloroso.

Van a la orilla del estero, se desnudan i se bañan. Remontan la suave corriente, i metidos en el agua fresca, la beben como a una golosina.

Sentado en la arena tibia, espolvoreada de granillos de mica que brillan al sol, el maestro escribe en silencio.

Los niños entablan una batalla i se lanzan puñados de agua. A los gritos i chillidos responde el eco de la quebrada, asociándose a los juegos como un buen viejo. Sorprendidos, callan un momento. Pero luego empiezan a hacer numerosas preguntas a la quebrada, que les responde con las mismas interrogaciones.

De regreso, rodean al maestro i le ruegan que les explique todo aquello.

—Para nosotros—dice el maestro—hai dos ecos: el eco de la voz humana sobre la tierra i el eco de la tierra en nuestros corazones. Mientras vosotros despertábais a uno de ellos, la quebrada hizo nacer en mis oídos al más importante. Esto escuché:

“Inmóvil estoi i los animales corren por mi falda como las sombras de las nubes. Dejad que los niños vengan a mí. Ahora les proporciono alegría; tal vez, más tarde, les arrulle entre mis brazos. Entónces oirán las curiosas disputas de los sapos i sabrán que son inocentes las orugas que las aves persiguen.

“Madre que ignora, solo sé responder con las mismas preguntas; porque en todo soi a ellos semejante. Inmóvil vivo i las neblinas me buscan para bajar al llano.”

Los niños, extrañados, miraron al maestro sin comprender una palabra.

Pasó el tiempo, i muchos de entre ellos no olvidaron el asombro producido por las frases oídas en aquel atardecer.

Este asombro vivo fué como un eco, que, al quedar vibrando en sus almas, les anticipó en algunos años el ser capaces de percibir la voz de la tierra.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

LOS CAMINOS

TENEIS una manera de apreciar las vidas ajenas...
Os voi a referir una parábola:

“El nuevo propietario de una viña, quejoso del terreno que tenía que malgastar en caminos i senderos interiores, resolvió plantar toda la tierra que le pertenecía.

“Cultivó el suelo con tenacidad; en Agosto podó las parras; i en Noviembre, con grandes fogatas de sarmientos i paja húmeda, contuvo el rigor de la helada de Todos los Santos.

“Cada semana regaba los surcos i al caer la noche el agua desbordada formaba largas franjas luminosas.

“En Enero, las flores de las parras dieron un olor suave i el aire se vió cruzado por las abejas. Complacido de su actividad, aguardó sin sobresaltos la cosecha.

“Los sarmientos comenzaban a curvarse con el peso de los racimos. Sólo las plantas nuevas de los caminos no tenían fruto, porque la vid demora tres años en darlo.

“Llegados los vendimiadores, principiaron por recojer la uva cercana a la bodega i fueron avanzando poco a poco. Cuando el lagar les quedó léjos, pidieron que se les proporcionara una carreta; pero el dueño se negó a ello.

“—No hai caminos—dijo.—¿Por dónde pasaría una carreta?

“La vendimia se hizo cada vez más lenta, porque la uva la traían de un punto cada vez más lejano.

“Entretanto los ladrones, penetraban en las noches, despojando a las mejores parras, i las primeras lluvias cayeron sobre la comarca, pudriéndose los racimos.

“Un vecino, que había aconsejado inútilmente al viñatero novicio, vino a verlo.

“Recorriendo juntos la viña, roja por el otoño, con sus racimos blanduchos sobre la tierra que absorbía la pulpa hecha miel, el vecino dijo:

“Es preciso que haya una cinta de tierra que no produzca flores ni frutos para aprovechar, con facilidad, los de la

tierra restante. Es necesario que exista un suelo que se resigne a ser hollado i polvoriento, para poner en contacto a las comarcas distantes.

"¿Qué sería de un país que no tuviera caminos, porque sus habitantes hubiesen decidido sembrar toda la tierra?"

Esta es la parábola que os ofrezco.

Pensad, ahora, en los ríos que son los caminos de las aguas. Ellos, los que harán reverdecer a los campos, no tienen en su fondo una brizna de yerba!

Caminos son algunos hombres que vosotros, labradores, creéis inútiles. Cuando obráis conforme a tal o cual idea que acaso sin saberlo, aprendierais de ellos, recorréis la senda que dejó trazada uno u otro de esos seres, que no produjeron frutos i que, sin embargo, son los caminos por donde transitan todos los frutos de la tierra.

LAS VARILLITAS DE VIRTUD

Acaso escribo para vosotros los jóvenes. Para los retoños del bosque que se alimentan de la tierra grasa, formada por las hojas que los mayores dieron a los vientos. Ved que el suelo hostil se ha hecho, así, cada vez más generoso. I que, a semejanza del aire callado que sale al extremo de la flauta hecho música del viento, el agua de la tierra, que penetra i sube por los troncos, destila, hacia el otro extremo, las hojas verdes, la maravilla de las flores, las frutas jugosas i blandas. Cada árbol es así una varillita de virtud para con el agua oculta.

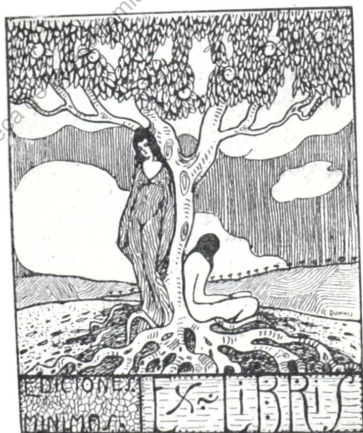
Cuando érais niños, os embelesásteis oyendo la historia del dichoso poseedor de la varillita de virtud, que, tocándolas, transformaba en oro las piedras del camino. ¿Quién no ha deseado poseer una para sí? I cada una de las yerbas i de los árboles, i cada uno de los insectos i de los pequeños i grandes animales, i cada uno de vosotros es una varillita de virtud, que transforma en vida todo lo que por ella pasa. ¿Habría alguién capaz de reconocer en sus múltiples frutos el orijen humilde?

Si alguna vez vuestros ojos alcanzan estas páginas, quiera mi buena suerte que me sienta absorbido como el agua de la tierra. Con qué prisa mis palabras ascenderán ligeras por vuestras almas, para convertirse, al cabo de su peregrinación, en algo tan vivo i hermoso como una ligera inquietud, acaso fecunda en nuevos pensamientos para el juicio i para la acción.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN	3
LAS DEFENSAS DE LA VIDA	5
LA CASA ABANDONADA	7
EL POETA	8
EL SUEÑO DEL AMOR	11
LA NIEBLA	14
EL VIAJERO	15
EL ESPEJO	17
EL BOSQUE	18
LA FISONOMÍA DE LAS COSAS	20
EL PODER DE LA SANGRE	22
LAS PATAGUAS	23
LA CONFIANZA	25
LOS ÚLTIMOS AZAHARES	26
EL REMANSO	28
EL FUEGO	29
EL ENGAÑO DE LA VELOCIDAD	31
LOS PESCADORES	32
DONDE COMIENZA A FLORECER LA ROSA	34

	Págs.
LA NOCHE	36
EL CAZADOR	38
EL DÍA DE FIESTA	40
EL ESPANTAJO	41
EL ECO	42
LOS CAMINOS	44
LAS VARILLITAS DE VIRTUD	46



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO PRIMERO

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | Breviario de los Tristes |
| 5. LAG-TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| 8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| 9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| 10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

AÑO SEGUNDO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La oración del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |
| 23-24. RAFAEL OBLIGADO | Santos Vega |

AÑO TERCERO

- | | |
|-------------------------|---------------------------|
| 25. JUAN MONTALVO | Prosas* |
| 26. GIOSUÉ CARDUCCI | Odas Bárbaras |
| 27. AGUSTÍN ALVAREZ | Ensayos y Anécdotas |
| 28. ANTON CHEKHOPF | Ojos con Sueño |
| 29. GOYCOECHEA MENÉNDEZ | Páginas Selectas |
| 30. ANATOLE FRANCE | Crainquebille |
| 31. FERNÁNDEZ MORENO | Antología (1915-1918) |
| 32. EDUARDO WILDE | Mar Afuera |
| 33. GABRIELE D'ANNUNZIO | Tierra Virgen |
| 34-35. FRANZ TOUSSAINT | El jardín de las caricias |
| 36. GUILLERMO VALÉNCIA | Poemas |

CUADERNOS PUBLICADOS:

AÑO CUARTO

37 - 38. G. BERNARD SHAW	Vencidos (Comedia)
39. EDMUNDO MONTAGNE	Poesías
40. REMY DE GOURMONT	Algunas Páginas
41. ANTIGUO TESTAMENTO	El cantar de los cantares
42 - 43 ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	Jardines de Francia
44. ANTONIO MONTEAVARO	Sus mejores cuentos
45 - 46 PEDRO PRADO	La casa abandonada

**Esta Administración ofrece algunas colecciones
al precio de veinte pesos cada una.**

Cuaderno de próxima publicación:

**VERSOS DE JOSÉ MARTÍ. Introducciones del autor
y notas de Rubén Darío.**

SUSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 3.00 m/n.

Precio de este número: 40 cts.

Número atrasado: 0.40 centavos

Correspondencia: Apartado Postal 66 - Bs. As.

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras